



EL CHICO  
QUE CAMINABA COMO  
JOHN  
WAYNE

ARWEN GREY

Hace veinte años, Deirdre y Adam tenían toda la vida por delante, y lo arriesgaron para estar juntos. Sin embargo, algo se torció en el momento justo y la magia se rompió, como la cuerda de una guitarra vieja.

Ahora, Adam quiere recuperar su vida, su carrera musical en decadencia y a la mujer a la que abandonó.

Deirdre quiere recuperarse a sí misma y olvidar un pasado que le impide avanzar.

Hay sueños que se rompen, pero hay cosas que se quedan en el alma para siempre.

El primer amor es como una vieja canción *country*: lenta, caliente e imborrable... Y siempre vuelve a tus labios cuando menos te lo esperas.

## Índice de contenido

Cubierta

El chico que caminaba como John Wayne

Nota del Editor

Fragmento de la canción: Deirdre la de los lamentos

Fragmento de la canción: Amar hasta que duela

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Epílogo

Agradecimientos

Sobre la autora

## NOTA DEL EDITOR

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

*Oh, Deirdre de los lamentos.  
Busca a otro para llorar en su hombro.  
Yo no puedo quererte.  
Busca a otro para que seque tus lágrimas.  
Yo no puedo quererte.*

*Oh, Deirdre de los lamentos.  
Una vez fui tu hombre.  
Ahora tengo que irme.  
Busca a otro para llorar en su hombro.  
Yo no puedo quererte.  
Busca a otro para que seque tus lágrimas,  
Porque yo ya no puedo quererte.*

**Adam Elliot,**  
*Deirdre la de los lamentos*

*Las historias como la nuestra no mueren.  
Porque podría morir sin ti  
y tú podrías olvidarme cualquier día,  
pero en el fondo  
yo solo quiero volver a intentarlo.  
Y amar hasta que duela.  
Porque dolerá.*

*Y sé que soy un pobre idiota  
y tú eres demasiado lista  
para este simple mortal.  
Aunque hemos vivido demasiado,  
yo solo quiero volver a intentarlo.  
Y amar hasta que duela.  
Amar hasta que duela.*

**Adam Elliot,**  
*Amar hasta que duela*



# CAPÍTULO 1

## COMO UNA CHICA EN UNA CANCIÓN COUNTRY

*Era guapo, tenía talento, una voz capaz de hacerte llorar de emoción y caminaba como John Wayne, pero también era el tipo más gilipollas que he conocido en mi vida.*

Deirdre releyó las pocas líneas que había escrito con gesto crítico. Como persona que conocía a Adam Elliot desde sus más tristes y pobres inicios, al punto de que conocía de qué barro estaban hechos sus pies, podía asegurar que eran verdades como campanarios, pero dudaba que el director Matthews las aprobara para publicarlas en el artículo que estaban preparando para la conmemoración de dentro de una semana.

Ese maldito pueblo debía de ser el único donde homenajeaban una vez al año a los vecinos que hubieran hecho algo, lo que fuera, por llevar el nombre de su lugar natal por el mundo. Y ese año le tocaba a Adam Elliot, el mismo que jamás había nombrado McMinnville en nada que hubiera hecho, ya fuera canción, entrevista o reportaje que ella hubiera visto. Cualquiera diría que había surgido de la espuma del mar, como Venus.

Tras unos instantes de duda, siguió escribiendo con una sensación de revancha que no había sentido en toda su vi-

da. No publicaría aquella pequeña biografía, era evidente, pero esa especie de terapia le estaba sentando de vicio.

*Egocéntrico, egoísta, se creía el ombligo del mundo. El ombligo más bonito del universo, por supuesto. Además de ser el tipo más gilipollas que haya conocido, también es el más creído y el más imbécil. Si alguien me vuelve a decir, con un brillo pícaro en la mirada, que, si me siento feliz de haber sido su primer amor y la inspiración de su puta canción, juro que le romperé las piernas. Solo por eso merecerá la pena volver a verlo.*

—¿Qué tal va la biografía de nuestra estrella local?

Los dedos de Deirdre se convirtieron en garras al escuchar la voz del director Matthews justo a su espalda. Había sido su profesor de Historia cuando estudiaba en ese instituto y, ahora que era ella la que daba clases allí, seguía sintiéndose como una niñata pillada en falta cada vez que le hablaba con aquella voz impostada.

—Bien, bien —balbuceó, tratando de ocultar con el cuerpo la pantalla a los ojos inquisitivos de su superior. Si viera lo que estaba escribiendo, estaba convencida de que le daría un patatús.

El director carraspeó, satisfecho de sí mismo al ver que todavía la tenía subyugada por medio del terror, a pesar de que ya tenía más de treinta años y que no le daba clases.

—Esmérese, Hopkins. Queremos que el muchacho se sienta en casa otra vez cuando vuelva. No vaya a pensar que somos unos pueblerinos —añadió con una risa estúpida que hizo que Deirdre se sintiera fatal.

Trató de mantener la mirada impassible mientras el director del instituto donde tanto ella como el hijo pródigo, y ahora estrella del *country*, habían estudiado le volvía a contar todo lo que estaban planeando para el día en que el gran hombre pusiera el pie en su pueblo natal, como si ella

misma no hubiera organizado la mayoría de aquellos eventos.

Habría un concierto en la cueva más impresionante del mundo, la caverna de Cumberland, donde los niños cantarían sus grandes éxitos y donde todos esperaban que Adam tuviera la deferencia de deleitarlos con alguno de sus temas más conocidos.

Ese magno evento sería seguido de una cena de gala con todas las autoridades del pueblo, los medios locales (y parte de los de los alrededores).

Habría una recepción a la que estaban invitados todos los alumnos ilustres del instituto, aunque ninguno tan ilustre como el propio homenajeado, Adam Elliot. Este evento se organizaba cada año, pero en esta ocasión el invitado estrella sería una estrella real, así que había gente que llevaba esperando el momento casi como si fuera Navidad. Cualquiera diría que no lo conocían casi desde que llevaba pañales.

Y también habría fuegos artificiales, más impresionantes y caros que los del 4 de Julio, justo después de un pícnic en el lago donde la mitad del pueblo había perdido la virginidad con la otra mitad.

Para todo aquello habían encargado la comida suficiente como para alimentar a un país del tercer mundo, lo cual la avergonzaba cada vez que veía el presupuesto. Y, por supuesto, estaría regado con bebida, mucha bebida, aunque eso la avergonzaba algo menos, porque pensaba pasarse todo el tiempo que pudiera con una copa en la mano, intentando olvidar que aquella pesadilla estaba ocurriendo de verdad.

Por algún motivo, el director Matthews parecía empeñado en creer que ella se sentía feliz de participar, y aún de liderar, toda aquella pantomima. La realidad era que ni siquiera le habían preguntado. Nadie le había dado siquiera la oportunidad de negarse. Porque, ¿cómo iba a hacerlo, siendo ella quien era?

Porque, por supuesto, Deirdre debía estar presente en todo aquello. Porque ella había sido el origen de la carrera de Adam Elliot. Por supuesto, se suponía que debía conformarse con ser una chica más en una canción de *country*, guapa, sexy y, sobre todo, callada.

Pero daba la casualidad de que llevaba así demasiado tiempo. Y se había cansado.

## CAPÍTULO 2

### VOLVERÉ AL SUR

Adam iba haciéndose a la idea de volver a McMinnville después de veinte años de haber escapado de allí con la cola entre las piernas, como si le persiguiera todo el ejército de la Unión.

También era cierto que hacía unos cinco años, incluso dos, todo habría sido más difícil, pero ahora casi le apetecía volver a ver la vieja casa estilo Reina Ana donde se había criado, viendo cada fin de semana a su padre vestido de general confederado lanzando arengas a un ejército de soldados fantasmas, sable en mano, mientras toda la casa se llenaba con el delicioso olor del asado y la ensalada de patatas que preparaba su madre para la enorme familia que no eran. Luego se pasaban comiendo sobras toda la semana, pero eso a ella le daba igual.

El instituto, el campo de fútbol, la bolera, el teatro Park... todas esas cosas que nunca había apreciado mientras vivía allí. Y ahora tampoco.

Debía admitir que el pueblo era un asco, pero el director Matthews no dejaba de insistir en que lo esperaban para la celebración de una especie de festival. Para ser sincero, no le había hecho mucho caso a lo que le había dicho. Llevaba años insistiendo en que debía volver a casa para dar un concierto, una charla motivacional para los alumnos de su antiguo centro escolar... lo que fuera. Y él se había

negado siempre aduciendo una agenda apretadísima. Porque, qué podía decir sobre aquella deliciosa época escolar si para él había sido un alivio la graduación, que suponía no tener que toparse cada día con la gente que le hacía la vida imposible.

Pero ahora ya no era ese niño delgado, con un peinado imposible y que pretendía ser rebelde pero se cagaba en los pantalones cada vez que alguien lo llamaba desde detrás. Nunca había sido un valiente, y todo en su vida lo demostraba. De hecho, su misma situación lo gritaba a los cuatro vientos.

Ahora ya no tenía excusa para no enfrentarse a sus fantasmas. A los de carne y hueso, al menos.

Su apretada agenda no existía.

Le había costado darse cuenta. Había sido tan paulatino que casi podría decirse que su carrera se había muerto sin que su cadáver llegara a apestar. Simplemente, se había ido secando como una momia. Antes llenaba estadios y ahora no llenaba ni una cafetería. Eso si es que lo llamaran para tocar en una cafetería.

Antes firmaba discos por millares y pechos turgentes. Ahora, cheques en blanco con la esperanza de tener fondos cuando se cobraran.

Antes era una estrella. Ahora solo era otro tipo que había malgastado una carrera brillante haciendo... ¿qué era lo que había hecho mal, maldito fuera?

No era solo que su agente ni siquiera le cogiera el teléfono, sino que, si no fuera por los derechos que cobraba de forma regular por un par de canciones que darían dividendos incluso cuando estuviera bajo tierra, no le llegaría el dinero para pagar el alquiler. Tal vez era que hacía meses que no le pagaba y era solo su forma educada de decirle que no contara con él. Si lo pensaba, el único del mundo que todavía le consideraba una estrella era el pobre director Matthews.

Sin embargo, no estaba acabado del todo. A pesar de que el alcohol y otras mierdas se habían cargado casi todas sus neuronas, a veces, todavía tenía ideas brillantes.

Con una sonrisa, rebuscó en su agenda hasta dar con el número de una morena despampanante a la que había conocido hacía un par de años. Lo que le había ofrecido en aquel momento le había parecido una estupidez, pero ahora lo veía con otros ojos.

El teléfono sonó un par de veces hasta que una voz dulce como el *bourbon* le acarició el oído.

—Adam, cariño, pensaba que habías perdido mi número. Me he sentido desolada sin ti.

Él rio, arrastrando la voz como sabía que a las mujeres les gustaba y recibió a cambio un gemido felino.

—Y yo sin ti, April. Tanto que me preguntaba si podríamos vernos hoy mismo.

—¿Negocios o placer? —La voz de April había perdido parte de su calidez. Estaba claro que no había llegado hasta donde estaba por ser tonta.

Adam volvió a reír, pero ella no ronroneó esta vez. El tonteo había acabado por el momento.

—¿Por qué no negocios y después placer? —preguntó con tono dubitativo.

De pronto pensó que aquellas cosas no se le daban bien. Si fuera buen negociante, no estaría en esa situación, a los treinta y siete y casi en la calle. Con su talento y su cara, que habría dicho su madre si no le viera en ese momento.

Al otro lado de la línea se escuchó un silencio espeluznante. April no parecía saltar de alegría como él había esperado.

—Invítame a comer a un sitio caro pero tranquilo y hablaremos. Pero te aviso de que lo que me ofrezcas tiene que ser muy bueno para que me interese, porque estoy hasta arriba de trabajo.